

David Reinoso

LA MEMORIA DE LA SANGRE



Bohodón Ediciones

La memoria de la sangre

Primera edición: marzo de 2025

© De la obra: David Reinoso

© Bohodón EdicionesTM S.L.
www.bohodon.es
Sector Oficinas N° 7
28760, Tres Cantos (Madrid)
e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 978-84-10098-86-2

ISBN E-book: 978-84-10098-87-9

Depósito legal: M-1010-2025

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Estamos unidos por la sangre,
y la sangre es memoria sin lenguaje.*

Joyce Carol Oates

PARTE I

La danza de la sangre

*Ando despacito
pa' olvidarme que camino.
Tus ojitos azabache
iluminan mi destino.
Llama por última vez
a mi puerta, te lo pido.
Las brujas de mi umbral
besarán tu recorrido.*

Agua y mezcal (**Guitarricadela fuente**)

CAPÍTULO 1

La sorpresa

—Sabes que no me gustan las sorpresas —advirtió ella.

Lidia no quería que sus palabras sonaran a reproche —de hecho, temió estar siendo demasiado antipática con él—, pero quería dejar bien claro que, si algo no salía de su agrado, podía tener licencia para protestar. Su novio, en ese sentido, ya estaba advertido.

Germán había llevado a Lidia a aquel lugar con cierta ilusión. Tras unos meses complicados en los que su relación se había tambaleado más de lo que ambos hubiesen deseado, había recuperado su vena romántica. Bueno, todo lo romántico que se puede ser compartiendo vida con una mujer tan poco dada al entusiasmo.

Caminaban muy pegados mientras bajaban, despacio, por unas escaleras. Ella delante, con los ojos tapados por las manos de su chico. Habían recorrido más de ciento treinta kilómetros, pero Germán se negaba a dar cualquier pista sobre el lugar al que se dirigían. Pensaba que, si decía cuál era su destino, se perdería el factor sorpresa y no llevaba casi un mes guardando el secreto para fastidiarlo todo a última hora.

—Despacio —le dijo él cuando casi tropiezan con un escalón.

—Nos vamos a matar —ella, siempre tan optimista.

—Ya falta poco —la tranquilizó él.

—Escucho agua correr —señaló Lidia.

Era cierto. El agua caía con fuerza muy cerca de ellos. Eso le gustó a Lidia, le agradaba ese sonido. No estaban en la playa, sino en La Alpujarra granadina. De eso sí era consciente. Germán no la había llevado hasta allí en coche con los ojos vendados. Solo faltaría.

Llegaron al final de las escaleras. Por fin. Dieron unos pasos más, había que caminar con cuidado porque el suelo estaba mojado e incluso embarrado por algunas zonas.

—Abre más los pies, tenemos que pasar por encima de un charco —indicó Germán.

Ella estuvo a punto de protestar, pero se contuvo. Intuía que ya faltaba poco para liberarse de las manos de su novio.

—Una... —empezó a decir él— dos... ¡y tres!

Ante los ojos de Lidia, apareció una cascada de agua marrón. ¿O era, en realidad, transparente? Entornó sus ojos para fijarse bien. Sí, era agua limpia. El tono marrón o anaranjado, según la luz que le diese, era debido a la pared de piedra del fondo. En cualquier caso, era precioso de ver.

—¿Qué es este lugar? —preguntó, fascinada.

—Es una fuente natural de agua agria, mira.

Germán se acercó al chorro y, haciendo una especie de cuenco con sus manos, cogió algo de agua y bebió.

—Mmm... buenísima.

Lidia quería comprobarlo por ella misma e imitó a su novio.

—Puaj, ¡sabe fatal!

—Tiene un alto contenido en hierro.

—Es como chupar una barandilla.

—Pero es buenísima para el organismo.

—Sí, si buena será, no lo dudo, pero sabe a rayos.

—Bueno, pero ¿te gusta el sitio o no?

—Sí, sí. Si me encanta, es precioso.

Lidia miró a su alrededor y se dejó embriagar por aquel lugar. Había una pared completamente verde a su izquierda que subía hacia el inicio del socavón en el que se encontraban. El sonido constante del agua cayendo le relajaba. Entendía ahora que el color marrón estuviese tan presente, era por el hierro que se acumulaba por donde el agua pasaba. De la cascada, surgía una especie de riachuelo que se alejaba. Siguió el curso del agua con la vista hasta que su mirada se detuvo. Cerca de ellos, había una joven. No habían reparado en ella hasta entonces porque se encontraba a sus espaldas, en el lado opuesto a la cascada. La chica estaba sentada, recostada sobre unas rocas, con los ojos cerrados.

—¿Estará dormida? —preguntó Lidia.

—O borracha, vete tú a saber.

—¿Tan pequeña? No puede ser.

Germán se acercó a ella, con cuidado de no resbalar. Cuando llegó, vio que era una adolescente que no debía de tener más de doce años. Tenía la piel blanca como la nieve y los labios amoratados. No le extrañó porque, a pesar de ser verano, aquel era un lugar húmedo y frío y bien podrías necesitar una chaqueta si pasabas mucho tiempo allí abajo. Le tocó el hombro y comenzó a hablarle.

—Hola... ¿estás bien?

Germán se giró y miró a Lidia, interrogándola con la mirada. Esta se encogió de hombros como toda respuesta. Él insistió en su empeño por despertar a la joven y su cuerpo rígido cayó hacia un lado.

—Joder, dormida no... dormidísima —dijo Germán—. Lo mismo va drogada.

Entonces vio que, en su cuello, había dos marcas, dos puntitos rojos de sangre, ya seca. Con cuidado, le palpó el cuello, buscando el pulso. Permaneció unos segundos en silencio hasta que se giró hacia Lidia.

—Creo que esta chica está muerta.

CAPÍTULO 2

El peligro acecha

Diego percibió el peligro, pero decidió no actuar para defenderse. De momento. Prefirió permanecer escondido, dándose un respiro. Estaba exhausto tras la carrera que se acababa de dar. Escuchó llegar a su adversario, que entró en la misma habitación en la que él permanecía oculto, agazapado detrás de una cama. Los pasos de su perseguidor se acercaban con un andar torpe, sin miedo a parecer indiscreto. Diego sintió que su respiración, agitada, se iba calmando por segundos. Fue entonces cuando oyó decir algo a su contrincante, preguntaba por él. No le veía la cara, pero pudo imaginárselo mirando a su alrededor, con la esperanza de que apareciera en cualquier momento y, a la vez, con cierto miedo por no entender la situación que estaba viviendo, ¿dónde diablos se había metido?

Diego decidió levantarse de un salto al tiempo que chillaba para asustarle.

—¡Ahhh! —gritó Saúl, que no sabía, en realidad, si estaba asustado o feliz de haber encontrado a su tío... ¿o quizás era Diego quien lo había encontrado a él? Daba igual, al fin estaban de nuevo juntos.

Diego se acercó a Saúl y le hizo cosquillas mientras el pequeño intentaba resistirse. Al cabo de unos segundos, se quejó y emprendió

la huida hacia el pasillo, pero se dio rápidamente la vuelta porque no pretendía escapar de su tío, sino continuar con el juego.

—¿Podéis jugar haciendo menos ruido? —se oyó quejarse a Teresa desde la planta de abajo.

Diego puso los ojos como platos para llamar la atención de su sobrino y este le correspondió con el mismo gesto. Dios, cómo había crecido aquel pequeñajo en los últimos meses.

—La abuela se ha enfadado —le dijo Diego en voz baja.

—*Uela adado* —repitió Saúl, a su manera.

Teresa comenzó a subir las escaleras.

—Vamos, ¡ven aquí!

Saúl corrió como un rayo hasta los brazos de su tío, quitaron la sábana de la cama y se metieron dentro. Ya, bajo aquella improvisada guarida, Diego se puso el dedo sobre los labios para advertirle de que tenían que guardar silencio.

Mientras tanto, Teresa venía quejándose un poco de todo: que si estaban todos los juguetes del niño por medio, que a ver quién iba a recoger todo eso después, que seguramente tuviera que hacerlo ella, como siempre, que si se puede jugar haciendo menos jaleo, que si le duele la cabeza con tanto grito, que qué van a pensar los vecinos, que si...

Teresa vio un bulto bajo la sábana al llegar a la habitación.

—Y encima, ahora, para rematar, me deshacéis la cama —dijo mientras se cruzaba de brazos.

—¡Buuu! —gritaron tío y sobrino al unísono mientras se destapaban.

—Venga, ayudadme a poner la mesa —ordenó Teresa.

—*Uela uhto*.

—Sí, sí, abuela susto. Casi me muero —fingió ella.

Saúl se rio a carcajadas.

—Anda que tú también, las ideas que le das... —se quejó.

—Si ha sido idea suya —mintió Diego.

Saúl ni siquiera se defendió de la acusación. Para el niño, estaba siendo una mañana de julio de lo más divertida jugando con su tío favorito —y el único que tenía, a decir verdad—. Nada podía estropearlo.

—Venga, bajad y echadme una mano, anda —insistió Teresa mientras apartaba con el pie un cochecito que estaba tirado en el suelo.

En cuestión de minutos, todo estaba recogido, cada juguete en su sitio, la cama perfectamente hecha y la mesa del comedor, a medio poner.

—Tu padre no sé si comerá con nosotros —dijo Teresa cuando Diego estaba cogiendo los platos.

—¿Y eso?

—Me dijo que tenía que hacer no sé qué en el campo... Yo qué sé, hijo. Yo es que ya, a veces, ni le escucho. Me empieza a decir que si esto, que si lo otro y cuando veo que empieza a irse por las ramas yo le digo, «¿vas a venir entonces a comer o no?», y ya me dice «llegaré más tarde, sobre las tres, o quizás más, no me esperéis». Pues hala, eso es todo cuanto necesitaba saber.

Diego no contestó. Tampoco sabía muy bien qué decir. Aquello era el pan de cada día en la casa de sus padres en Ugíjar.

—¿Tú entonces hasta cuándo te quedas? —preguntó Teresa mientras metía en el microondas la papilla de verduras de Saúl. Era habitual que el pequeño comiera allí mientras Emi, su madre soltera, trabajaba en el centro de salud del pueblo.

—Me iré mañana.

—Qué pronto.

—Bueno, tenía dos días libres y he venido. Te quejarás...

—Hijo, lo dices como si fuese una obligación venir a ver a tu familia.

—Sabes que no.

—Es verano, ¿no tienes vacaciones?

Antes de responder, el teléfono de Diego comenzó a sonar. Le extrañó ver quién era la persona que quería ponerse en contacto con él. Llevaban más de un año sin hablar. Se olió que no era nada bueno.

—¿Lo vas a coger o qué? —preguntó Teresa, que se ponía de los nervios al escuchar el sonidito del teléfono y ver a su hijo observando la pantalla del aparato sin reaccionar siquiera.

Diego descolgó.

—Dime, Yebra.

—Diego, ¿qué tal? Oye, ¿te pilla bien? —preguntó el brigada del cuartel de la Guardia Civil de Ugíjar.

—Sí, sí... dime —respondió Diego mientras miraba a su madre, que se moría de ganas por escuchar la conversación.

—Verás, no era mi intención llamarte, pero... me han dicho que andabas por aquí y...

—Al grano, por favor, brigada.

—Ha aparecido un cadáver en Pórtugos, en la fuente del agua agria. ¿Sabes dónde te digo?

—Sí.

—Me gustaría que le echaras un vistazo.

Diego tuvo un mal presentimiento y no pudo evitar pensar en la ola de crímenes que azotaron la zona hacía poco más de un año. Pronto, a su mente, llegaron *flashes* con las desagradables imágenes de lo vivido entonces y se acordó de lo complicado que le resultó dar con aquel asesino.

—¿Por? ¿Hay algo raro? —preguntó para disimular su distracción.

Yebra dudó antes de contestar.

—Será mejor que lo veas.

CAPÍTULO 3

El cuerpo

Diego tuvo dificultades para aparcar al lado de la ermita de las Angustias, que se encuentra a la entrada de Pórtugos. Había varios coches congregados en ese pequeño espacio, la mayoría de la Guardia Civil. Decidió dejarlo en doble fila. Se bajó, cruzó la carretera y atravesó el merendero sin percatarse de la gente que había allí: por un lado, Germán y Lidia, en estado de *shock* tras descubrir el cadáver, hablando con algunos agentes; por otro, decenas de curiosos, advertidos de lo que estaba sucediendo, «¿Es verdad eso que dicen de que han violado a una chica?». «Yo he escuchado algo sobre un coma etílico». «¿Cómo va a ser eso, mujer? ¿Van a hacer todo este despliegue por una borrachera adolescente?».

Martín bajó las escaleras que le llevaban hasta El Chorreón. Allí vio rápidamente a Yebra hablando con algunos compañeros. Cuando sus ojos se cruzaron, el brigada dejó la conversación a medias y fue directo a Diego. Yebra no percibió que Diego quería saludarle con un apretón de manos y le plantó un abrazo que incomodó al sargento. Por suerte, no duró demasiado.

—Gracias por venir. Acompáñame. —Parecía que el brigada no quería perder el tiempo.

Cerca de allí, un grupo especialista de la Guardia Civil tomaba fotos y muestras alrededor del cadáver. Yebra se detuvo y le presentó a varios compañeros.

—Ellos son el guardia López, del puesto de Capileira, y la agente Ruiz, de Trevélez. Os presento al sargento Martín.

—Mucho gusto, sargento —dijo uno de ellos intentando disimular su entusiasmo.

El nombre de Diego había corrido como la pólvora entre el cuerpo cuando dio caza a aquel asesino que acabó con la vida de varios inocentes. Martín le agradeció el cumplido con una media sonrisa y fijó sus ojos en el cadáver de la joven.

—La encontró una pareja de turistas hace un par de horas, les están tomando declaración —comenzó a decir Yebra—. Lo más llamativo está en el cuello, fijate.

Martín se acercó hasta el cuerpo y pudo ver las dos marcas rojas que presentaba.

—Tendremos que esperar a la autopsia, pero todo parece indicar que le sacaron sangre —añadió el brigada—. No fue aquí, obviamente. No hay restos de sangre alrededor.

Se creó un murmullo alrededor que Diego fue incapaz de interpretar. Le llegaron algunas palabras sueltas y, desconcertado por lo que estaba escuchando, se giró hacia los guardias. Yebra se vio en la obligación de aclarar el rumor que corría desde hacía unos minutos entre los agentes.

—Es como si fuera obra de un vampiro, ¿no?

Sonrió al decir esto, consciente de que era algo muy descabellado. Se arrepintió enseguida. Verbalizar ese pensamiento había sido algo estúpido por su parte, pero Martín no se lo tuvo en cuenta. Era consciente de la psicosis que estaban generando entre el grupo de agentes las marcas del cadáver en el cuello, pero tenía que detener aquello.

—Los vampiros no existen —sentenció Martín, serio.

—Ya, ya, claro, es solo una broma... —se justificó López.

—No creo que estemos en el momento adecuado para bromear —cortó Martín.

Yebra le observó, serio.

—Verás, por eso quise que vinieras, para saber qué es lo que piensas.

¿Que qué era lo que pensaba? En primer lugar, que la gente debería de ver menos películas de terror. En segundo lugar, se preguntó si el asesino de esa joven solo tenía la intención de desangrar a la chica o si, por el contrario, quería su sangre para algo específico... sintió un escalofrío que disimuló incorporándose.

—¿Habéis hablado con los padres? —preguntó.

—Padre —aclaró Yebra—. Están intentando localizarlo. Trabaja en el campo y no debe de tener muy buena cobertura. Su madre parece que murió hace años.

—¿Qué dicen los testigos?

—Se la encontraron, sin más. Pensaban que estaba dormida, pero al ver que no tenía pulso... No vieron a nadie alrededor. De hecho, tiene pinta de que la chica lleva horas aquí, probablemente desde anoche. Diego... —insistió Yebra—. No me has dicho qué es lo que piensas.

Martín lo miró fijamente. Yebra llevaba varios minutos dirigiéndose a él como Diego y no como Martín. Tuvo la sensación de que se lo estaba pidiendo como un favor personal. Pudo ver el temor y la desesperación en sus ojos. «Por favor, Diego. Dime que no. Otra vez, no». El sargento torció el gesto y miró de nuevo hacia el cadáver, incapaz de mantener la mirada al brigada. Se conocían, habían trabajado juntos y Yebra no necesitó que Diego hablara para saber lo que estaba pensando.

«Algunas personas pueden ser más peligrosas que un vampiro».

No lo dijo en voz alta. No se atrevió.